

El Daltónico

Eunjun Jeong

"El pájaro lucha por salir del huevo. El huevo es el mundo. Quien quiera nacer, debe destruir un mundo."

—Hermann Hesse

Lo que sigue es la historia de un hombre que todos veremos algún día en nuestras vidas.

I

Una línea de polvo de cal sobre un plato bastó para revelar la verdad de su vida. Un torrente de nervios chispeó en su realidad cuando el espejismo se elevó ante sus ojos. Una dosis fácil lo acompañó durante el día, pero la decisión de tragarla fue difícil.

Lo que temía no era el nuevo hombre en el que se convertiría, sino la forma en que aquel toque tan sereno lograba hacer lo que él nunca había podido por sí mismo. Todo lo que lo definía se derritió suavemente por su nariz, rindiéndose ante un simple truco de alquimia.

Se levantó, furioso, con la decepción en la mano, y salió a respirar el aire denso. El mundo a su alrededor se definió con una nitidez abrumadora, disparando contra sus sentidos. Agarró un puñado de humedad y empezó a correr. La nieve en el suelo no era lo suficientemente resbaladiza para frenarlo. Cayó, sin aliento, de alguna manera orgulloso.

La cadena de su voluntad se rompió sin esfuerzo, destrozada por el peso de su derrota.

II

Volvió al mismo lugar, guiado por su valentía. No estaba satisfecho con la cantidad de decepción que había acumulado. Envió su lengua al espacio con un sello potente, buscando una capa extra en su realidad. Y no tardó en encontrarla. Su lengua, más sensible que su propia mente, le concedió su deseo como si ella lo anhelara más que él.

De repente, su nariz empezó a oír.
Sus oídos comenzaron a oler.
Sus ojos hablaban.
Y se encontró masticando la luz.

Los sentidos irreconocibles lo empujaron a la cama, lo convirtieron en feto.
Cosechó un alma de una planta muerta, creyendo que le daría tiempo para leer el mundo que enfrentaba.

Un hombre apareció.
Surgió de las sombras difusas de siluetas reflejadas en el metal.
Ambos se miraron en silencio, con los ojos cargados de vacilación.
Se conocían muy bien.

Pocas palabras resonaron en el sótano vacío, repitiéndose en el eco hasta que el sol comenzó a salir.

Un asco repentino le desgarró las entrañas y lo obligó a tumbarse en la cama.

Cuando se movió, la luz cambió.
Las sombras lo siguieron.
El hombre que había visto se despegó de su realidad y se desvaneció en la oscuridad.
Ambos cayeron en un sueño profundo.

III

Despertó en un mundo gris.
No demasiado brillante, no demasiado oscuro, algo intermedio.

Todos los colores que conocía se alineaban en un espectro de blanco y negro.
La monotonía de esa simplicidad tediosa le adormecía los pulmones.
Se preguntó si ese mundo era suyo, no con miedo, sino con una duda creciente:
¿Era esta realidad realmente suya?

Lo que al principio era una calma reconfortante, pronto se retorció en ansiedad.
El sabor amargo de la duda creció en su garganta.
Se convirtió en una urgencia, una necesidad de destruirlo todo.

En una mañana desdichada, el hombre se quedó solo, soportando el peso de su propia existencia.
Las siluetas que conocía se hicieron añicos.

Las sombras se escondieron en las capas densas de la uniformidad, sin dejar rastro.
Solo quedaron los cortes en sus manos.

Recordaba los cortes.
Pero el hombre que vio...
El hombre que fue...
Ese, se había olvidado.

Cuando su aliento en silencio se mezcló con su pulso, derramó dos lágrimas.
Las últimas.

IV

El hombre se llevó sus colores y dejó el mundo ardiendo en cenizas intactas.

Tuvo que reaprender todo lo que conocía desde el principio de su vida, reconstruirse para no desvanecerse del todo.

Estaba solo, desesperado por ayuda, pero nadie entendía su idioma.

No podía explicar lo que veía.

No podía comprender a los demás, ni ellos a él.

Se perdió en un mundo de planicies y profundidad.

Tuvo que encontrar una nueva forma de comunicarse.

El aislamiento de su delirio autoimpuesto se volvió insoportable.

Una prisión forjada por su propio deseo.

Una elección a la vez patética y profunda.

En su soledad, encontró la virginidad de su verdad.

Se pudría solo.

Se volvía gris.

Pero era más puro.

Caminó a través de la nieve.

Con cada paso firme, la nieve parecía elevarlo, como si la tierra misma apoyara su resolución.

Al menos todavía tenía carne para vestir.

Se alejó de todos.

Abrazó las heridas que llevaba consigo.

Y al final, llegó al lugar más frío de su mundo.

El más brillante para él.

Comenzó a pintar sobre el lienzo más puro que pudo encontrar.

Cada pincelada, una mancha oscura contra el blanco cegador.

Cada línea seca, sangrando la historia de una vida vivida en el filo de la realidad.

Cuando sus manos se convirtieron en garras, supo que había terminado.

Sus cortes ya no estaban en sus manos.

Estaban grabados en su alma.

Allí, en su último respiro, se acostó sobre su otro yo,

besó al hombre que tal vez había visto antes,

la única ilusión de su preferencia,

el único amigo que tuvo en toda su vida.

En su último momento, donde todos nos encontramos

Su viaje a través de su delirio autoimpuesto refleja las luchas que todos enfrentamos dentro de los límites de nuestra propia mente.

Así como él luchó contra la pérdida de sus colores, nosotros también debemos enfrentar los límites de nuestras realidades percibidas.

Vivimos dentro de una ilusión creada por el cerebro, un producto de su interpretación química y física del mundo natural.

Los colores que vemos no son reales.

Son una traducción cerebral de la luz.

Si la realidad misma es subjetiva, entonces vivir es un arte.

Si el hombre en la nieve encontró su verdad, nosotros también debemos encontrar la nuestra.